

# ANTIGÜEDADES

MARIA SOLEDAD BIRRELL RODRIGUEZ

Image not found.

# Capítulo 1

## **ANTIGÜEDADES**

Entra a la casa por la puerta principal y el arrimo de caoba que permanece apoyado contra la pared, lo mismo que hace treinta años, la observa amenazante. Se acerca canturreando, haciendo como si no se hubiera dado cuenta, para pillarlo desprevenido. Éste no alcanza a ver sus intenciones antes de que ella lo agarre con fuerza (es pesado), lo arrastre hasta la calle y lo deje abandonado a su suerte en la oscuridad de la noche. La violencia del acto se le mete dentro y se ríe de ella. Se odia por lo que acaba de hacer, no porque le importe el arrimo en particular, sino porque le recuerda que no pudo hacer valer su voluntad de otra forma.

Todo se inició hace unas semanas, cuando despertó en la mitad de la noche y sintió que su espacio de aire se había reducido al mínimo. Entonces pensó en cambiar algunos muebles antiguos por otros más pequeños y de diseño moderno. A la semana siguiente, cuando intentó colocar una silla de aluminio nueva junto al escritorio de su abuelo, de inmediato notó la resistencia. Probó de distintas formas y a diferentes distancias, pero fue en vano. El escritorio no permitió la cercanía de la silla, como si no la encontrara digna de su alcurnia. Finalmente optó por buscarle otra ubicación. En el momento sintió un temor vago, casi como una amenaza fantasma, pero no estaba dispuesta a dejarse vencer por una locura y continuó con su intención de cambiar los muebles.

Regresa de la calle. Camina por el patio y desde cierta distancia echa un rápido vistazo al interior para ver cómo está el ambiente. Quiere hacerse una idea antes de entrar. Debe ser cautelosa. Prefiere no pensar en cómo habrán reaccionado los otros miembros del mobiliario, para quienes la calle es sin duda el peor destino imaginable. Le teme más que a nadie al baúl. Ella lo heredó así como está, cerrado y con lo que sea que contiene en su interior. Lo visualiza en su mente cubierto de libros de viajes acumulados uno sobre otro, en abanico. Además aún está nerviosa con el episodio de esta mañana. Los armarios que viven en el hall de entrada se le vinieron encima justo cuando cruzaba el pasillo camino a la salida, en un movimiento reverencial armonioso y sutil que podría haber pasado inadvertido para otro pero no para ella. Creyó ver el reflejo de su imagen obesa repetida hasta el infinito en sus espejos cincelados. Le da rabia admitirlo, pero esa imagen debilitó su intención más que cualquier otra amenaza. Ella es delgada a base de mucho esfuerzo y detesta que le recuerden quien fue.

En el fondo siempre supo que esto sucedería tarde o temprano. Las antigüedades han impuesto a la familia sus aires de grandeza, de generación en generación, forzando espacios y presupuestos, aniquilando

todo lo que atente contra su conservación.

Alcanza la puerta principal y entra. Los libros de viajes yacen moribundos en el piso, como si un huracán hubiese pasado por sus páginas. Una imagen del reloj de Praga aún se mueve al vaivén de un viento que ya no sopla, al menos no en esta dimensión donde ella está detenida. El baúl permanece cerrado, pero su actitud es distinta. Trata de recordar en qué posición se encontraba antes de salir a la calle. Pareciera que se deslizó un poco hacia la entrada.

Sube las escaleras arrastrando sus pies y su humanidad. El esfuerzo de sacar el mueble hasta la salida la dejó exhausta. Llega hasta su cama. La adquirió en un bazar de cosas viejas con la alegría de haber encontrado un tesoro. Desde hace unos meses contempla la posibilidad de renovarla, de cambiarla por un box spring de esos que tienen resortes con memoria.

Se deja caer de golpe y la cama cruje en señal de protesta.

No tiene fuerzas para desvestirse y ponerse un camisón. La noche está templada y se abandona hacia los confines de la conciencia. Ignora los avisos que aparecen en su mente en forma de imágenes rotas. La noche confabula en contra de la razón, con sus sombras y sus silencios estridentes. Algo parecido a la culpa se apodera por unos segundos de su espíritu y le sugiere acercarse a la ventana para ver en qué estado se encuentra el arrimo. Antes de que alcance a tomar alguna acción, la atrapa el sueño.

La mujer del aseo llega a las nueve de la mañana en punto. Inserta la llave en la chapa de la puerta principal y la gira como todos los días. Empuja hacia adentro. Encuentra una resistencia inusual. Vuelve a intentarlo, pero es inútil. Es como si algo muy pesado estuviese trabando la puerta desde el otro lado.

Piensa en llamar al timbre, pero en seguida recuerda que la señora se va al trabajo antes de las 8:30. Mira buscando alguna otra forma de entrar a la casa, pero se encuentra las cortinas cerradas y las ventanas con las persianas aún puestas. Se inquieta por el atraso al que se está viendo forzada. Tiene el tiempo justo. Después de terminar aquí debe ir a limpiar otra casa. A estas alturas debería estar abriendo los postigos y ventilando las habitaciones. En un rato más debería sacudir cada uno de los muebles de la señora. Y por último debería dejar la comida preparada para la noche.

Contempla la entrada infranqueable sin saber qué hacer ante el hecho imprevisto. Visiblemente incómoda consulta el reloj y decide marcharse. Escribe una nota en un papel que encuentra tirado en el antejardín y lo desliza bajo la puerta. Llamará a la señora en la tarde para preguntarle qué pasó con la cerradura. Ella cumplió con venir, porque nadie puede achacarle la responsabilidad de no haber podido ingresar a la casa. Seguro

que todo esto tiene una explicación que ella desconoce en este momento, pero que será evidente cuando hable con la señora.

El baúl ha permanecido en silencio todo el tiempo que la mujer trajinaba con la llave. No le costó trabajo aguantar el empujón que le dio para tratar de entrar. Su pasado le pesa lo suficiente para hacerlo inamovible por una simple mujer. Temió tener que adoptar alguna medida drástica si continuaba insistiendo. A ella no le tienen animosidad, porque después de todo es la que se encarga de mantenerlos aseados y en buen estado.

Afortunadamente no hubo necesidad de aplicar demasiada fuerza, salvo con la señora. Los nuevos no creen en la confrontación y se rindieron sin oponer resistencia. Las sillas de aluminio y los arrimos de cristal permanecen atados de pies y manos en un rincón de la sala de estar. Arriba, la mujer ya no se mueve bajo la almohada. Cuando la alarma del despertador sonó a las 8 en punto, la cama dejó salir algunos resortes viejos para inmovilizarla de cuerpo entero. La mujer se resistió y comenzó a gritar. La cama tenía instrucciones precisas, pero le tomó su tiempo decidirse a llegar hasta las últimas consecuencias. Le tenía cariño a la mujer que la descubrió con tanta dedicación y paciencia entre un montón de hierros inservibles. La mujer no entendió sus indirectas y finalmente se vio en la obligación de pasar a la fase siguiente del plan. Justo cuando escuchó el trajín en la llave de la cerradura, le cubrió el rostro con la almohada.